

Elogio al fracaso (sobre lecturas deseantes de la *Recherche*)

Luis Fernando Butierrez¹

si pensamos cuán fuerte es en la vida de los hombres la proporción de sufrimientos causados por mujeres que “no son su tipo”. Tal vez se debe a múltiples causas; primero, como no son “nuestro tipo”, al principio nos dejamos amar sin amar, y así permitimos que se instale en nuestra vida una costumbre que no hubiera tenido lugar con una mujer que fuera “nuestro tipo” y qué, sintiéndose deseada, se alejaría, no nos daría sino escasas entrevistas [...] esa costumbre es sentimental, porque no hay mayor deseo físico en su base, y si surge el amor el cerebro trabaja mucho más: hay una novela en lugar de una necesidad. No desconfiamos de las mujeres que no son “nuestro tipo”, las dejamos amarnos, y si luego las amamos, las amamos cien veces más que a las otras, sin siquiera tener a su lado la satisfacción del deseo satisfecho [...] Una mujer que es “nuestro tipo” rara vez es peligrosa, puesto que no nos quiere, nos contenta, nos abandona pronto, no se instala en nuestra vida, y lo que es peligroso y procreador de sufrimientos en amor no es la mujer misma, es su presencia de todos los días, la curiosidad de lo que hace en todo momento; no es la mujer, es la costumbre. Marcel Proust, *El tiempo recobrado*, pág. 341.

En nuestra experiencia de lectura de la *Recherche*, entendemos que el encuentro del lector con pasajes de la novela y su operación de impacto se establece en el marco del propio recorrido de lectura, es decir, en un tránsito particular de encuentros y desencuentros que remiten a relaciones con y dentro del texto.² Por ello, la cita con la que aquí damos comienzo se encuentra

¹ Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata-CONICET.

² A modo de ejemplo en la novela: en el último tomo, la decisión del héroe de comenzar su obra está situada relacionamente en una cadena que se inicia con la activación de la memoria

fuera de la trama que le da su valor múltiple, funcionando en otro texto, en otro discurso. En este sentido, el siguiente trabajo surge entre dos citas: una al comienzo, una al final. Aprovechando el carácter móvil del lenguaje y la enorme variabilidad relacional que propone esta obra literaria, proponemos en lo que respecta a la forma de este trabajo un recorrido, un tránsito, en tanto pre-texto para un encuentro semántico posible entre estos dos fragmentos, en el horizonte de sentido no clausurable que ofrece la novela...

Ahora bien, en cuanto al contenido específico, buscaremos articular algunas lecturas de la *Recherche* a partir de una discusión en torno al deseo y al placer en el lector.³ Específicamente, a partir de la mención del “*goce procedente de un deseo muerto*” como posible caracterización del deseo de su narrador, junto a la afirmación de que esta obra es el relato de un deseo de escribir (Barthes, 1978: 398),⁴ nos preguntamos: a) ¿Cómo conceptualiza el deseo Proust, en su obra? Y, en el marco de una tradición de investigación temática de figuras con doble registro (entre enunciación y enunciado);⁵ b) ¿Es posible defender desde allí una lectura deseante de la obra? Junto a ello, indagaremos en qué medida dicha concepción del deseo figura en la teoría de un lector proustiano: Gilles Deleuze.

Dado el carácter proliferante de la *Recherche*, nos limitaremos a recorrer arbitrariamente dos segmentos y analizar allí estas cuestiones: por un lado, los dos primeros viajes del héroe a Balbec para describir las condiciones de la liberación o desbloqueo de su deseo y, por otro lado, la relación del héroe con Albertine para dar cuenta de la operación misma del deseo.⁶

involuntaria (debido a la experiencia física de pisar dos baldosas en desnivel, escuchar el sonido de una cuchara contra un plato y de las sensaciones de una servilleta al secarse los labios), las reflexiones en la biblioteca del nuevo salón Guermantes y la experiencia del Tiempo y la muerte que tiene en la percepción de las marcas de vejez y decrepitud en los cuerpos de los integrantes de la reunión. Es decir, el encadenamiento de una apertura, en la precipitación de ciertos acontecimientos, parece establecer coordenadas para la decisión del héroe.

³ Véase *Mesa redonda sobre Proust* en Deleuze, *Dos regímenes de locos*, 69-70.

⁴ Para este autor, dicho relato del deseo impacta en el deseo del crítico de la *Recherche*, el cual se reduce a una fantasía de búsqueda sin posibilidad de resultado final, en Deleuze (1986). Pág.52

⁵ Como por ejemplo la simetría entre el tratamiento del teatro en la *Recherche* y los rasgos teatrales en la misma escritura, que Melamed desarrolla en *La teatralidad de la Recherche* en Moran (2006), 156-162.

⁶ Utilizaremos para estos tomos las siguientes referencias: II (SMF); III (DLG); IV (SG); V (LP); VI (AD).

I

En los primeros tomos, las estadias en Balbec permiten distinguir condiciones para el despliegue del deseo, a partir de experiencias que conmocionan una serie compuesta por costumbres-yo-percepción-alteridad, la cual se desplaza en el primer viaje, para cristalizarse en una nueva serie en el segundo.

En efecto, la partida hacia Balbec produce en el héroe un cambio de costumbres. En el viaje en tren encontramos una secuencia frecuentemente citada: luego de percibir fragmentariamente en dos ventanas, el crepúsculo del amanecer y los últimos instantes de la noche, busca establecer cierta unidad con su vaivén de una a la otra. En parte, este episodio prefigura una experiencia ambivalente: con la ruptura del entorno organizado renacen dichosamente las potencias dormidas, produciéndose una apertura ante lo nuevo y la belleza; asimismo, el yo articulado con anteriores costumbres intenta auto-preservarse ante esta conmoción, imponiéndose a los nuevos espacios y seres por medio de hábitos y síntesis imaginarias. Así, el campo que se sugiere por fuera del yo presenta una doble faz de belleza con porvenir inesperado y de temor o angustia ante la caída de los lazos que las costumbres tejen.

La experiencia estética y la mediación del arte operan como renovación y apertura. Los contactos con el pintor Elstir y sus pinturas le permiten comprender la limitación de las costumbres perceptivas, al encontrar elementos y personajes que pierden su función habitual, con matices de una recíproca co-presencia de los opuestos que resaltan el instante en su fugacidad, de modo tal que amplían la mirada del héroe y multiplican su remisión al desmontar sus leyes habituales de perspectiva.⁷ Estas impresiones de belleza y su novedad requieren como condiciones una disposición calma y desinteresada, sin las cuales se obstaculizarían.⁸

De este modo la liberación de potencias del deseo es primera respecto al objeto, imprimiéndose de inmediato en el encuentro con la alteridad. La visión deseante de las muchachas en la playa se caracteriza por una belleza

⁷ En este sentido, sostiene: “Unas alas, otro aparato respiratorio, que nos permitieran atravesar la inmensidad no nos servirían para nada, porque si llegáramos a Marte y Venus conservando los mismos sentidos darían el mismo aspecto de las cosas terrestres a todo lo que pudiéramos ver”, LP, 256.

⁸ SMF, 394.

móvil y colectiva, con dos gradientes que intensifican el deseo: el carácter de novedad y misterio junto a una presencia sugerida sin forma definitiva.⁹ Así, la mediación del arte abre un combate inextricable entre la fugacidad del objeto y los intentos de síntesis imaginaria, que no solo se revelan ficcionales sino también insuficientes.¹⁰

Con el fin de la primera temporada en Balbec el deseo ha sido liberado, impactando en su percepción y su yo: los rumores desde su ventana se tornan melodías con una inagotable diversidad, como signos de una relación con el mundo abierto, novedoso e intensivo. En contrapartida, el final de su segundo viaje le deja una sensación degradante ocasionada por la instalación de hábitos y relaciones sociales fijas, perdiendo aquel influjo poético bajo un impulso unificador (también sugerido en aquella secuencia del viaje en tren y sus ventanas): Balbec se torna una atmósfera domesticada y apaciguadora pues, si bien facilita el punto de vista práctico, presenta un entorno vitrificado por un yo que detiene las potencias del deseo.¹¹ En definitiva, en esta experiencia del héroe se presenta un viaje hacia el deseo con un retorno a las costumbres.

II

Aquella doble y ambigua modalidad también podemos encontrarla en la aproximación al objeto de deseo, que consiste en el carácter no voluntario y azaroso de su cumplimiento junto a la necesidad de un trayecto indirecto hacia su encuentro, tal y como acontece, por ejemplo, con el ingreso del héroe a la casa de los Swann o la obtención del permiso para Saint Loup e, incluso, en el logro tardío de la recepción de Gilberte en el salón Guermantes.¹² En estos casos el deseo encuentra trabas en su realización cuando la voluntad interviene en su proceso causal. Específicamente, en los últimos tomos podemos distinguir tres tiempos en la relación con su objeto de deseo: el encuentro, la pérdida y el excedente resultante.

Este encuentro con el objeto puede caracterizarse por distancias, rodeos

⁹ Op. Cit., 386.

¹⁰ La descripción del lunar errante por el rostro de Albertine es un ejemplo de ello, en SMF, 466.

¹¹ SG, 533-534.

¹² Véase, respectivamente: SMF, 83; DLG, 228-229; AD, 261-262.

y errancias. En efecto, en LP el héroe se despierta en su casa conviviendo con Albertine, desde una relación atravesada por celos de diverso tipo. Las dificultades que experimenta por un imposible acceso pleno, no solo aumentan el conocimiento de ella sino que producen una amarga apertura:¹³ el carácter móvil y múltiple la prolongan en el espacio y el tiempo, permitiendo solo un tanteo insatisfactorio como fundamento de su desconfianza y persecución.¹⁴

Tanto el amor como la ansiedad que tornan consistente su deseo se levantan con miras a una exigencia de totalidad que lo moviliza: ese amor solo nace y subsiste si aún queda una parte por conquistar.¹⁵ Al comprender que cuanto más intenta aprisionarla más se le escapa, busca capturar su deseo proponiéndole una separación, simulacro que finalmente se torna verdadero cuando Albertine, también deseante, abandona la casa del héroe.

Ante esta pérdida, encontramos nuevamente cierto vértigo en los umbrales situados en el fin de las costumbres: los hechos se revelan indomesticables para su imaginación, en un entorno que traduce su partida, al tiempo que la prefiguran retrospectivamente. La extinción definitiva del deseo por Albertine llega con el olvido destructor, al momento de comprender que han muerto el yo y los hábitos vinculados a ella. Vislumbra la contingencia del objeto de deseo cuando un viaje a Venecia desde su mirada deseante, toma su relevo.

¿Qué queda de esta operación del deseo en la experiencia del héroe? Con la consumación de la obra del olvido nace un nuevo yo (desde la publicación de uno de sus artículos) y junto al reencadenamiento de la serie se redirecciona el deseo con sus sentidos articulados.

Sin embargo, distingue ciertas huellas que funcionan como constantes o vías uniformes para futuros amores, con arraigo en la fijeza de su temperamento en sus vínculos de deseo,¹⁶ entre las que encontramos diversas resonancias del episodio del beso materno del primer tomo. En este vaivén, la operación del deseo parece siempre ligada a una función vital, aun cuando reflexiona en torno a la vejez y el paso del tiempo: comprende que primeramente nos tornamos incapaces de emprender pero no de desear, hasta el

¹³ LP, 61.

¹⁴ Op. Cit., 97. Aun así, entiende necesaria cierta confiabilidad en el posible cumplimiento del deseo, pues una certeza de imposibilidad, lo suprime. DLG, 395.

¹⁵ LP, 103.

¹⁶ SMF, 484.

momento del hundimiento definitivo en los hábitos cotidianos, que marca la mera supervivencia en la etapa final de nuestras vidas.

III

A nuestro entender, las lecturas que Deleuze ha realizado sobre esta obra resuenan en su perspectiva teórica. Precisamente sostiene una teoría del deseo con vínculos respectivos pues, al explicar el deseo a partir de campos pre-personales, se aparta de los análisis centrados en la conciencia, distinguiendo la operación deseante con su carácter político, su estatuto ontológico y su anterioridad respecto a la relación sujeto-objeto.

Esta conceptualización presenta una elaboración en un texto que destina a Foucault.¹⁷ Allí, a partir del concepto de dispositivo (*agencement*) de deseo, comprende a este como una multiplicidad o campo de intensidades históricamente asignable que implica mecanismos de poder, aunque sin reducirse a ellos. Es por esto que distingue dos ejes: en el primero, ubica los estados de cosas y las enunciaciones relacionadas a dichos dispositivos y en el segundo, las territorializaciones, reterritorializaciones y desterritorializaciones que en él se efectúan. Los mecanismos de poder surgen posteriormente donde tienen lugar estas reterritorializaciones.

Entiende que un campo social se define primero por sus líneas de fuga o desterritorializaciones, que los mecanismos de poder quieren taponar o ligar. Tomando distancia de una perspectiva subjetivista subraya que las líneas de fuga no son creaciones de los marginales o revolucionarios, sino más bien “líneas objetivas que atraviesan la sociedad y en las cuales se instalan aquí o allá los marginales para hacer con ellas un bucle, un remolino, una recodificación”.¹⁸

De este modo, el estatuto ontológico del deseo no remite a una carencia ni a un dato natural o individual, sino a una disposición de heterogéneos que funciona en tanto proceso; su carácter no subjetivo permite entenderlo como un afecto y no un sentimiento, en tanto “heceidad” (individualidad de un día, una vida) y acontecimiento. Dicho proceso supone la constitución de un

¹⁷ Deleuze (1977), 121-130.

¹⁸ Op. Cit., 126.

campo de inmanencia, el cual se define por zonas de intensidad, umbrales, flujos, sobre el que se hacen y deshacen históricamente aquellos dos ejes de los dispositivos de deseo. Deleuze plantea políticas de conjugaciones de estas líneas, en defensa de dispositivos de deseo que abran y promuevan estas relaciones. En este marco, sus lecturas de la *Recherche* presentan una especificación de la conjugación de tales dispositivos.

En suma, encontramos algunas confluencias entre este recorrido del deseo en la *Recherche* y la teoría deleuziana: comprendido de un modo no subjetivo, como campo de fuerzas y multiplicidades que se abren o cierran a partir de ciertos dispositivos (artísticos, políticos, etc.), donde sujeto y objeto se sitúan de un modo derivado (a la vez que permiten hacer visibles las fuerzas del deseo): las territorializaciones o reterritorializaciones, la cristalización de las costumbres, los hábitos y el yo, pueden entenderse como modos tranquilizadores de domesticación e inmovilización de este campo de intensidades. En este sentido, es precisamente en el fracaso de estos últimos desde donde parece liberarse la potencia y circulación de flujos del deseo.

Final del recorrido

A continuación proponemos algunas puntualizaciones que también permitan hacer visible el fracaso inherente a este texto, a pesar de los intentos de ocultamiento que tal vez sean propios del discurso en el cual lo hemos situado.

Al igual que las conceptualizaciones sobre el tiempo y el olvido en la *Recherche*, la consideración del deseo se despliega, al menos, sobre una doble visión:¹⁹ un aspecto de intensidad-apertura y otro de abismo-clausura. Entendemos que este tratamiento paradójico debe articularse en las relaciones recíprocas de la serie conformada por costumbres-yo-percepción-alteridad, dentro de la obra.

Del mismo modo, el registro de lecturas del texto parece ajustarse adecuadamente al concepto de deseo que en él se forja, pues: a) Puede tornarse dificultosa su lectura sin una disposición calma, desinteresada y abierto; b) el encuentro con pasajes y objetos temáticos nunca es definitivo, incluso se van sugiriendo previamente en el despliegue y entorno de los episodios,²⁰ conjugándose unos con

¹⁹ Sobre este tipo de consideraciones véase Melamed, *Figuras de la nada* en la *Recherche*, en Moran (2006), 168.

²⁰ Por ejemplo, en los episodios de la muerte de la abuela; de los zapatos rojos de Mme. Guer-

otros, intensificando así una lectura deseante; c) la belleza proliferante de la obra requiere una percepción renovada que el propio texto va proporcionando en su lectura; d) el carácter inesencial del narrador y los personajes junto a la profundidad con que se trata la condición humana, promueven una posición identificatoria del lector la cual, al ejecutarse variaciones de posición, registro y perspectiva en la narración, le suscita una serie de conmociones subjetivas; e) en paralelo con la narración, el proceso de deseo que se va intensificando hasta el final de la lectura invita a nuevas lecturas de la obra, tornándola inagotable.

En suma, entendemos que la *Recherche* presenta una conceptualización plural del deseo al tiempo que opera con ella, estableciendo las condiciones para una lectura que parece solo compatible con esta modalidad. Del mismo modo, la teoría del deseo y sus dispositivos en Gilles Deleuze se despliega en un marco de relaciones con el pensamiento filosófico que opera de un modo abierto y proliferante afín a una relación deseante con la filosofía.

Estas puntualizaciones, como mencionamos al comienzo, también operan aquí como un pre-texto, o mejor, un vaivén entre dos fragmentos de la *Recherche* con el cual buscamos connotar ciertos umbrales del deseo y del lenguaje. Aquí va entonces, un fragmento del final de la obra con el que deseamos terminar nuestro recorrido:

“mi querido amigo, usted mismo me formuló una teoría sobre las cosas que no existen sino gracias a una creación siempre recomenzada. La creación del mundo no tuvo lugar de una vez para siempre, me decía usted, acontece por fuerza cada día” (Proust, *El tiempo recobrado*, 110).

Bibliografía

- Barthes, R. (1957/2014). *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Barthes, R. (1984/2013). *El susurro del lenguaje, más allá de la palabra y la escritura*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Bloom, H. (1991). *La angustia de las influencias*. Caracas: Monte Ávila.

mantes (DLG) y en la ejecución social de Charlus (LP).

- Borges, J. L. (1975/2013). *La invención de Morel en Prólogos, con un prólogo de prólogos*. Barcelona: Debolsillo.
- Deleuze, G. (1964/1989). *Proust y los signos*. Barcelona: Anagrama.
- Deleuze, G. (1968). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Deleuze, G.(1980/2010). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Deleuze, G. (1975-1995/2007). *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas*. Valencia: Pre-textos.
- Freud, S. (1906/2012). El delirio y los sueños de la “Gradiva” de W. Jensen. En: *Obras completas*, Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1907/2012). El escritor literario y el fantaseo. En: *Obras completas*, Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Moran, J.C. (2001). *Proust más allá de Proust*. Buenos Aires: De la Campana.
- Moran, J.C. (2006). *Proust ha desaparecido: una memoria de los paraísos perdidos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Proust, M. (2000). *Por el camino de Swann*, Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2002). *A la sombra de las muchachas en flor*. Trad. Estela Canto,. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2003). *Del lado de Guermantes*. Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2004). *Sodoma y Gomorra*. Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2005). *La prisionera*. Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2007). *Albertine desaparecida*. Trad. Estela Canto. Buenos Aires: Losada.
- Proust, M. (2009). *El tiempo recobrado*. Trad. Graciela Isnardi. Buenos Aires: Losada.